

Contenido

Catequesis: eco de la Palabra, luz en el camino	2
I. LA CATEQUESIS	2
Su finalidad	3
Las tareas fundamentales de la catequesis	3
II. LA PALABRA VIVA DE DIOS	4
La Palabra de Dios en la catequesis	4
De la palabra viva de Dios a la palabra escrita	5
La Escritura, un signo sensible de la Palabra	5
La catequesis es enseñanza desde la Palabra	6
El ministerio de la Palabra de Dios en la evangelización	7
La formación bíblica de los catequistas	8
III. LA CATEQUESIS ENSEÑA EL CAMINO DE LA PALABRA	9
El camino por seguir	9
La catequesis que nuestra vida cristiana requiere	10
El compromiso de los catequistas en cada comunidad cristiana	12

Catequesis: eco de la Palabra, luz en el camino

I. LA CATEQUESIS

La palabra “catequesis” viene del griego κατηχισμός (léase “katejismós”) y, a su vez, del verbo griego κατηχεῖν (léase “katejéin”), que significa “hablar desde arriba, hacer eco, hacer resonar”. El verbo “katecheo”, en el griego bíblico, significa “informar”, “contar”, “comunicar una noticia”. En sentido amplio, la catequesis es la educación ordenada y progresiva de la fe, que consiste en toda una enseñanza, hecha de forma sistemática, con el fin de permitirle a sus destinatarios crecer en su vida cristiana, en el seno de la Iglesia.

Es toda una iniciación orgánica sistemática, elemental, e integral de la fe que, en su misma dinámica de crecimiento y maduración, permite a los destinatarios profundizar su fe, fundamentar su conversión, adherirse a la persona de Jesucristo de manera vital, a su vida y enseñanzas y expresar adecuadamente su vida cristiana. Es un camino que se hace por etapas, de acuerdo con la edad y las condiciones de los destinatarios, según sean niños, jóvenes o adultos.

El Papa Juan Pablo II, describe la catequesis como enseñanza de la fe tal como se daba en la primitiva Iglesia:

Muy pronto se llamó catequesis al conjunto de los esfuerzos realizados en la Iglesia para hacer discípulos, para ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios, a fin de que por la fe, tengan la vida en su nombre, para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo (...) (CT 1. 2).

Y afirma que en

(...) un sentido más específico, ‘globalmente’, se puede considerar que la catequesis es una educación en la fe de los niños, de los jóvenes y adultos que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana (...)

(...)Sin confundirse con ellos, la catequesis se articula dentro de un cierto número de elementos de la misión pastoral de la Iglesia, que tienen un aspecto catequístico, que preparan para la catequesis o que derivan de ella: el primer anuncio del Evangelio o predicación misionera para suscitar la fe; la búsqueda de razones para creer; la experiencia de vida cristiana, la celebración de los sacramentos, la integración en la comunidad eclesial y el testimonio apostólico y misionero (...) (véase CT 18).

Su finalidad

La catequesis está orientada a formar cristianos que tengan un encuentro vivo y personal con Cristo, que se entusiasmen por su persona y por sus enseñanzas. Que experimenten una conversión profunda en sus relaciones con Dios como Padre y con los demás como hermanos. Que opten por Cristo, aceptándolo como Maestro y Señor, como criterio fundamental de sus vidas, haciendo suyas sus actitudes, asumiendo su estilo de vida y comprometiéndose a continuar, aquí y ahora, lo que fue su causa y la razón de su vida: el Reino de Dios.

Es lo que afirma de manera convincente y apasionada san Pablo en sus cartas:

A fin de conocerle a él... (Cristo), de encontrarme con él (...) de participar en sus sufrimientos, de configurarme con su muerte para alcanzar la resurrección de los muertos (...) Corro hacia la meta, hacia la vocación celeste de Dios en Cristo Jesús (...) (véase Filp 2,7-16).

La catequesis ha de llevar a los cristianos a tener conciencia de ser parte de la comunidad creyente en Jesús. Es decir, que se sientan miembros activos de la Iglesia y que tengan sentido de compromiso y corresponsabilidad con Ella. Ha de procurar que los cristianos sean maduros en la fe, y que en el compromiso personal y comunitario puedan hacer presente el Reino de Dios, que es anuncio de la Buena Noticia y liberación de todos los males, que encontrará su plenitud ahí donde Dios “será todo en todos”.

El fin de la catequesis es llevar a las personas a la madurez en la fe, a desarrollarla y confesarla mediante la instrucción, a celebrarla en cada uno de los sacramentos y en especial en la Eucaristía al participar de la mesa de la Palabra y del pan partido, a integrar la fe y la vida, a poner en contacto y en comunión con Cristo a los catequizandos y a sus familias.

Las tareas fundamentales de la catequesis

El fin último de la acción catequizadora se logra por medio de tareas diversas y complementarias a la vez. El texto de “Formación Básica-1”, que contiene el itinerario de formación de los catequistas parroquiales, afirma que las tareas principales de la catequesis son:

1. Propiciar en el cristiano el conocimiento progresivo de la fe.
2. Enseñar y ayudar a celebrar la presencia salvífica de Cristo en los sacramentos, mediante una participación plena, consciente y activa, de la liturgia de la Iglesia.
3. Llevar al cristiano a la progresiva madurez de la conciencia moral, mediante el seguimiento de las actitudes propias de Jesús.
4. Enseñarle a orar con los mismos sentimientos con los que Jesús se dirigía a su Padre.
5. Capacitar al cristiano para vivir en comunidad, mientras participa activamente en la vida y misión de la Iglesia.

6. Propiciar en los cristianos la dimensión ecuménica, por la que las actitudes fraternales se extienden a los miembros de otras iglesias y comunidades eclesiales.
7. Capacitar a los discípulos de Jesús en el dinamismo misionero, que les lleva a estar presentes, como cristianos, en la sociedad, en la vida profesional, cultural y social, según la vocación de cada uno (...) (F B 1. Texto para los formadores, tema 2, página 44).
8. Promover la plenitud humana de la persona y por lo tanto, educarlos a asumir su compromiso liberador y social, como parte fundamental de su fe.

Las distintas tareas de la catequesis son tan necesarias, que si faltara alguna, la educación de la fe sería incompleta; deben estar en todo el proceso, desde su carácter propio, cada una, a su manera, contribuyendo a la madurez de la fe de las personas y de las comunidades, fin primordial de la catequesis. Conjuntamente, deberán propiciar la relación entre la fe y la vida, a veces tan significativamente “divorciadas”.

Además, las tareas de la catequesis exigen aprendizajes y entrenamientos distintos, se implican mutuamente y se desarrollan conjuntamente. La mayor o menor acentuación de una tarea específica, depende de varios factores, como pueden ser las necesidades y aspiraciones concretas de los catequizandos, el contexto cultural o social en el que viven, la situación real de fe del grupo y de las familias de procedencia, los objetivos a conseguir, los contenidos que se han de presentar o privilegiar, así como la etapa concreta que se está viviendo en el itinerario de la fe, etc.

II. LA PALABRA VIVA DE DIOS

La Palabra de Dios en la catequesis

El lema para este año 2008, está tomado del versículo 105 del Salmo 119 que dice: TU PALABRA ES UNA LÁMPARA PARA MIS PASOS Y UNA LUZ EN MI CAMINO... Propiamente el salmista alaba las excelencias de la Ley del Señor, con la hermosa comparación de la lámpara o la luz, que sirven para alumbrarse en el diario caminar de la vida. Pero se puede aplicar, con toda propiedad, a la palabra escrita de Dios que es la Biblia, utilizada en la catequesis, no solamente como un libro que sirve para el trabajo, sino como la Palabra misma de Dios, fuente primordial de la catequesis; es más, fuente de la vida de la Iglesia. Porque, en última instancia, los catequistas quieren que se llegue al fondo de la Escritura, a la Palabra viva de Dios.

En efecto, en la Sagrada Escritura, se afirma que la palabra de Dios es “palabra viva”. El Antiguo Testamento presenta la palabra como una realidad viviente, más aún, creadora de vida (véase Gén 1,1-2,4a): “todo fue creado por su palabra” (véase Sab 9,1; Sal 33,6-9; 147,15). La creación es presentada como un discurso de Dios, que se hace vida en las criaturas. La palabra crea la vida (Is 26,19; Sal 119,50); “da vida a los muertos” (Rom 4,17; Ez 37,1-14), pero también da la luz que ilumina el espíritu del ser humano (véase Sal 119,130) y manifiesta la realidad profunda de los seres y de las cosas.

En el Nuevo Testamento, la palabra es el “Verbo de Dios”, es decir, el Hijo eterno de Dios (véase Jn 1,1). Juan el evangelista nos lleva al seno mismo de Dios, a la vida misma de Dios como Trinidad, cuando el Logos-Palabra está “en el seno del Padre”. El Verbo, “desde el principio” (véase Gén 1,1), “está en el seno del Padre” (Jn 1,18c), “era”, “subsistía”, “existía” (ver Jn 1,1a). El Logos es palabra viva, porque comparte la realidad del Dios viviente. Antes de ser “palabra viva” (Hech 5,20), la palabra es vida. Y puede dar la vida precisamente, porque en sí misma es vida. La Palabra es viva, en el sentido de que, según el griego, es “la Palabra viviente y que permanece en Dios” (véase 1 Ped 1,23b). Y esa Palabra se hizo carne (Jn 1,14), viviendo entre nosotros. Es la persona de Jesucristo, el Hijo, por medio de la cual nos ha hablado Dios de forma definitiva (Hb 1,1-2).

De la palabra viva de Dios a la palabra escrita

La Palabra de Dios no se expresa con sonidos como cuando hablamos; tampoco indica una realidad o una idea. La “palabra viva”, es lo que constituye la meta a alcanzar en la catequesis, especialmente cuando esta catequesis es eminentemente bíblica. En la práctica, todo catequista o todo creyente con lo que se encuentra normalmente es con la palabra escrita, con el texto bíblico. Es decir, la palabra viva está “transformada” en un libro pero “cobra vida” en la catequesis o en el trabajo eclesial, que reviste tantas y diversas formas. Por eso, la catequesis está al servicio de la Palabra de Dios y no al contrario.

Por otra parte, en realidad el creyente del Antiguo Testamento nunca se encontró directamente con la palabra viva (la voz de Dios, como dice Dt 5,24). En el Sinaí esta voz se escuchaba entre truenos y trompetas (Éx 19,16-19). El pueblo se quedaba al otro lado y nada más (v.24), pero no se encontró “directamente” con Dios. Tuvo que aceptar que la palabra divina, le llegara por medio de un texto escrito (véase Ex 24,4). Desde allí, en Israel se dio la palabra escrita, en la cual “estaba” la palabra de Dios. Los mismos profetas sentían la palabra viva como un encuentro de persona a persona (véase Jer 15,16), que les movió a predicar y eventualmente a escribir (véase Jer 36,1-4). Al profeta Ezequiel la palabra de Dios se le presentó por medio de un rollo o pergamino, “escrito por dentro y por fuera” (véase Ez 2,9).

La Escritura, un signo sensible de la Palabra

Sin embargo, hay una relación estrecha entre la Palabra viva y escrita. La palabra escrita es un signo sensible, en el que la palabra de Dios se sigue comunicando al ser humano. El Concilio Vaticano II, evitó absolutamente identificar sólo la Biblia como la Palabra de Dios, pues la Palabra de Dios es una realidad mucho más viva y trascendente que la Escritura. En este sentido puede decirse que “el libro sagrado no es la palabra de Dios”. Afirmó, sin embargo que la Sagrada Escritura es Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo (véase DV 9). O sea, la Escritura es Palabra de Dios, no sólo en cuanto al contenido, sino además en cuanto a la enunciación verbal, por estar divinamente inspirada.

La Palabra de Dios que se nos comunica en la Escritura, es una palabra que no ha perdido nada de su ser, en el paso de la palabra hablada a la palabra escrita. Dios sigue hablando y comunicándose con nosotros por medio de la palabra escrita, porque es fuerza de Dios que se comunica y se manifiesta. Por eso, como enseña el Concilio:

(...) Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos. Y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: Pues la palabra de Dios es viva y eficaz, que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados (...) (DV 21b).

La catequesis es enseñanza desde la Palabra

Pocas personas pueden decir que han “tocado” y “palpado” al Verbo (véase 1 Jn 1,1). Fueron solamente sus discípulos y nada más. Es sólo a través de un texto escrito como tenemos acceso a las palabras de los apóstoles y del mismo Jesús. Por eso, no podemos tener la Escritura como palabra inmediata de Dios, porque el autor humano de la Biblia no es Dios, sino el ser humano, llamado “el autor sagrado”. Biblia y Palabra, en ese sentido, no coinciden son exactamente lo mismo.

Las comunidades cristianas, en sus comienzos, se encontraron con la “palabra viva”, que, a veces, era proclamada en con los textos bíblicos (véase Lc 4,14-21). Porque los cristianos sabían a ciencia cierta que la palabra es Cristo. Y la catequesis, versada sobre Jesucristo, era “catequesis viva” hecha de forma oral, antes de ponerse por escrito. Si utilizaban los textos, era porque ellos les “hablaban” de Jesús (véase Hech 8,29-35). Con el paso de tiempo, en la Iglesia se comenzaron a redactar los textos del Nuevo Testamento, que habían nacido del contacto con la palabra viva (Cristo), en la comunidad donde cada uno de estos escritos vio la luz (véase Lc 1,1-4; Jn 20,30-31). La Biblia nace en la comunidad y para la comunidad. Pero la Palabra había engendrado primero a la comunidad. Y era no solamente la referencia a Cristo, sino a su predicación, enseñanzas y signos los que constituyeron la catequesis de la Iglesia (la enseñanza de la fe).

La Escritura es el lugar en el que Dios ha fijado su palabra, “*en los tiempos antiguos muchas veces y de diversos modos*” (ver Heb 1,1), y es también el lugar desde el que Él nos sigue hablando hoy. Y esto es precisamente lo que todo catequista, tanto en su formación, como en la meditación de los textos bíblicos, debe conseguir: hacer la experiencia de encuentro vivo y personal con la palabra y transmitir esta experiencia a los catequizandos, para poder decir como el salmista: *Tu Palabra es una lámpara para mis pasos y una luz en mi camino (...)* (Sal 119,105). A esto se refiere precisamente el Concilio Vaticano II en la Constitución DV 25 cuando con acento de NECESIDAD expresa que

*(...) los **catequistas** insistan en las Escrituras con asidua lectura sagrada y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte ‘predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios, que no la escucha en su interior’, puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, (...) las inmensas riquezas de la palabra divina.*

El ministerio de la Palabra de Dios en la evangelización

Como la principal tarea de la Iglesia es la evangelización, el ministerio de la Palabra ocupa en ella el primerísimo lugar. Los principales agentes son los ministros ordenados, quienes en razón de su oficio tienen la delicada tarea de predicar a los fieles la Palabra de Dios, sobre todo aquella proclamada en la celebración litúrgica. Pero las personas de vida consagrada y todo bautizado, tienen también a su modo la obligación de anunciar la Palabra de Dios. Dentro de ellos destacan los catequistas, verdaderos ministros de la Palabra, por especial encargo de la Iglesia.

El ministerio de la Palabra, transmite la revelación de Dios y se ejerce de varias formas valiéndose de “palabras humanas”. Estas formas son el anuncio, la enseñanza y la exhortación. Dentro de la enseñanza, la catequesis es primordial. Las principales funciones de ministerio de la Palabra, son la convocatoria, la llamada a la fe y la educación permanente de la fe, también llamada “catequesis permanente” porque se dirige a los catequizandos que necesitan alimentar y madurar constantemente su fe, a lo largo de su vida. Estas funciones se realizan de forma, sistemática, individual o comunitaria, organizadas o espontáneas. Y en todas ellas, la presencia de la Palabra de Dios es fundamental, porque la Palabra es su principal fuente (véase DGC 50.51).

La Iglesia enseña que la fuente primordial de la catequesis es la Palabra de Dios:

(...) La fuente de donde la catequesis toma su mensaje es la misma Palabra de Dios. La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura, dado que la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia (CT 27.)

(...) Este “depósito de la fe” (DV 10a y b; cf 1 Tm 6,20; 2 Tm 1,14) es como el arca del padre de la casa, que ha sido confiado a la Iglesia, la familia de Dios, y de donde ella saca continuamente lo viejo y lo nuevo (cf Mt 13,52). Todos los hijos del Padre, animados por su Espíritu, se nutren de este tesoro de la Palabra (...)” (DGC 94).

El Papa Benedicto XVI en el discurso de apertura al Congreso Internacional sobre la Constitución *Dei Verbum* el 15 de mayo del 2005 dice:

La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio y es del Evangelio de donde, siempre y de manera nueva, saca

orientaciones para su camino. Es una anotación que cada cristiano debe recoger y aplicar a sí mismo: sólo aquél que se pone sobre todo a la escucha de la Palabra puede luego anunciarla. De hecho, no debe anunciar una experiencia suya, sino la sabiduría de Dios que a menudo parece necedad ante los ojos del mundo (cf. 1 Cor 1,23).

Y continúa:

Agradecemos a Dios que en estos últimos tiempos, (...) se ha revalorizado profundamente la importancia fundamental de la Palabra de Dios. A raíz de esto se ha producido en la vida de la Iglesia una renovación, sobre todo en la predicación, en la catequesis, en la teología, en la espiritualidad y en el mismo camino ecuménico. La Iglesia siempre tiene que renovarse y rejuvenecerse, y la Palabra de Dios, que nunca envejece ni se agota, es un medio privilegiado para este fin. Es efectivamente la Palabra de Dios la que, por medio del Espíritu, nos guía siempre de nuevo hacia la verdad completa (cf. Jn 16,13).

La formación bíblica de los catequistas

Los catequistas son verdaderos ministros de la Palabra, puesto que su servicio en la Iglesia es dar a conocer las riquezas del misterio de Cristo, Palabra del Padre, contenidas en la Sagrada Escritura. Y para ser ministros idóneos de esta Palabra, han de ser formados en el conocimiento adecuado de la Biblia, tanto para poder enseñar sus contenidos, como para vivir especialmente sus enseñanzas y transmitirlos a los catequizandos. La recomendación que hace la Constitución sobre la Divina Revelación a los diversos ministros de la Palabra, vale también para ellos:

(...) Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que, como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte "predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior", puesto que deben comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la sagrada liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina (...)

(...) Lléguese, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya sea por la sagrada liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya sea por la lectura espiritual, ya sea por instituciones aptas para ello y por otros medios que, con la aprobación o el cuidado de los pastores de la Iglesia, se difunden ahora laudablemente por todas partes. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre. Porque 'a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas (...)' (DV 25).

En la práctica, todo catequista ha de conocer la Palabra y debe ser iniciado en una formación bíblica elemental (lo que es la Biblia, sus autores y sus libros, los géneros literarios, la relación entre la Biblia y la Tradición, la interpretación de sus textos, el contexto histórico y literario de los libros, la relación entre la Biblia y la vida, algunos elementos de exégesis y aprovechar lo que las ciencias bíblicas pueden ofrecerle a la catequesis, recurriendo a los instrumentos que, para el efecto, tiene la Comisión Nacional de Catequesis para la formación bíblica de los catequistas.

Naturalmente, todo catequista debe ejercitar este contacto vivo con la Palabra de Dios, en la lectura personal y en la meditación de la palabra escrita, en la escucha de los textos sagrados en la liturgia, en la práctica de la “lectio divina”, en los retiros o semanas bíblicas, en vivir cada día la espiritualidad bíblica, en la oración personal y en las orientaciones de la Iglesia para la lectura adecuada de los textos.

En fin, que

(...) con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados, la palabra de Dios se difunda y resplandezca y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la creciente veneración de la palabra de Dios que “permanece para siempre” (Is 40,8; cf. 1 Pe 1,23-25) (...)” (DV 26).

Esta es su tarea personal y, a la vez, comunitaria. Ser instrumento de la Palabra que es luz y guía en su camino, para que la Iglesia también pueda disfrutar, por su medio, de las excelencias de la palabra escrita.

III. LA CATEQUESIS ENSEÑA EL CAMINO DE LA PALABRA

El camino por seguir

Ya que la Palabra tiene valor permanente, si un salmista del Antiguo Testamento la consideró *lámpara para sus pasos y luz en su camino* (véase Sal 119,105), un catequista debe vivir convencido de que lo mismo es para él y para cualquier otro cristiano que quiera dejarse iluminar por ella.

Un catequista es parte integral del mundo en el que le ha tocado vivir, al igual que hereda de él sus luces, hereda también sus sombras. De la Sagrada Escritura sabrá tomar los criterios necesarios para discernir sobre su manera de actuar en ciertas circunstancias, y así lo enseñará a los destinatarios de su mensaje, porque la Palabra de Dios es luz en la oscuridad.

Un catequista sabrá que las maneras de actuar y los pensamientos que inspiran la vida de muchas personas, la mayoría de las veces contrastan significativamente con los criterios enseñados por Jesús. En el mensaje de las Bienaventuranzas, entre otros, él encontrará los criterios que Jesús establece para aquellos que decidan seguirlo. Y como es lo propio,

enseñará que este camino es exigente e implica muchísima generosidad, contrario al “facilismo” y otros estilos de actuar de lo común de la gente.

Un catequista tendrá la delicadísima tarea de enseñar con su testimonio que las cosas más simples de la vida diaria, igual que los momentos más duros, encuentran en Cristo, Palabra viviente del Padre, su sentido y su fuerza. Es decir, se trata de enseñar a vivir con sentido cristiano todas las circunstancias que rodeen tanto la vida personal como la comunitaria.

Y finalmente, se trata también de que la catequesis enseñe a cada bautizado a vivir en actitud de escucha de la Palabra, a la que hay que obedecer. A nuestro alrededor se escuchan muchas voces y mucho ruido, pero la única manera que tenemos para saber cuál es la voluntad de Dios sobre nuestras vidas, es escuchando su Palabra al estilo de María, la hermana de Marta y Lázaro (Lc 10,38-42). La catequesis enseñará al catequizando como María a “elegir la mejor parte, que no le será quitada”: la escucha de la Palabra.

La catequesis que nuestra vida cristiana requiere

Los obispos reunidos en Brasil en la Conferencia de Aparecida, se refieren de la urgente prioridad con la que en nuestras comunidades debe ser atendido el proceso permanente de la fe de los discípulos misioneros de Cristo. Esto incluye, entre varias cosas, el seguimiento de su persona, tener en cuenta sus diversas dimensiones humanas, espirituales e intelectuales, así como una inserción comunitaria y eclesial. También hacen ver la necesidad de implantar una catequesis de iniciación cristiana, que incluya en primer lugar, el kerigma como anuncio de Jesucristo (DA 279). Este proceso conlleva diversos aspectos, como el encuentro vivo con Cristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión (DA 280). (Véanse al respecto los números 276 al 294 del documento conclusivo).

La catequesis permanente es de vital importancia en la vida de los cristianos. Para que así sea, el citado documento nos recuerda:

(...) a pesar de la buena voluntad, la formación teológica y pedagógica de los catequistas no suele ser la deseable. Los materiales y subsidios son con frecuencia muy variados y no se integran en una pastoral de conjunto; y no siempre son portadores de métodos pedagógicos actualizados. Los servicios catequísticos de las parroquias, carecen con frecuencia de una colaboración cercana de las familias. Los párrocos y demás responsables no asumen con mayor empeño la función que les corresponde como primeros catequistas.

(...) Los desafíos que plantea la situación de la sociedad en América Latina y El Caribe requieren una identidad católica más personal y fundamentada. El fortalecimiento de esta identidad, pasa por una catequesis adecuada que promueva una adhesión personal y comunitaria a Cristo, sobre todo en los más débiles en

la fe. Es una tarea que incumbe a toda la comunidad de discípulos pero, de manera especial, a quienes, como obispos, hemos sido llamados a servir a la Iglesia, pastoreándola, conduciéndola al encuentro con Jesús y enseñándole a vivir todo lo que nos ha mandado (cf. Mt 28, 19- 20).

(...) La catequesis no debe ser sólo ocasional, reducida a los momentos previos a los sacramentos o a la iniciación cristiana, sino más bien “un itinerario catequético permanente”. Por esto, compete a cada Iglesia particular, con la ayuda de las Conferencias Episcopales, establecer un proceso catequético orgánico y progresivo que se extienda por todo el arco de la vida, desde la infancia hasta la ancianidad, teniendo en cuenta que el Directorio General de Catequesis, considera la catequesis de adultos como la forma fundamental de la educación en la fe.

(...)La catequesis no puede limitarse a una formación meramente doctrinal sino que ha de ser una verdadera escuela de formación integral. Por tanto, se ha de cultivar la amistad con Cristo en la oración, el aprecio por la celebración litúrgica, la vivencia comunitaria, el compromiso apostólico mediante un permanente servicio a los demás.

(...) Debe darse una catequesis apropiada que acompañe la fe ya presente en la religiosidad popular. Una manera concreta puede ser el ofrecer un proceso de iniciación cristiana en visitas a las familias, donde no sólo se les comunique los contenidos de la fe, sino que se las conduzca a la práctica de la oración familiar, a la lectura orante de la Palabra de Dios y al desarrollo de las virtudes evangélicas, que las consoliden cada vez más como iglesias domésticas. (...) Se trata de un camino educativo que, cultivando el amor personal a la Virgen, verdadera “educadora de la fe”, que nos lleva a asemejarnos cada vez más a Jesucristo, provoque la apropiación progresiva de sus actitudes (...)” (DA 295-300).

Las pequeñas comunidades son un ámbito propicio para escuchar la Palabra de Dios, para vivir la fraternidad, para animar en la oración, para profundizar procesos de formación en la fe y para fortalecer el exigente compromiso de ser apóstoles en la sociedad de hoy. Ellas son lugares de experiencia cristiana y evangelización que, en medio de las situación cultural que nos afecta, secularizada y hostil a la Iglesia, se hacen todavía más necesarias (...)” (DA 308).

Hemos de revisar cada uno de estos párrafos con una conciencia muy lúcida y ver en qué podemos mejorar en nuestra labor catequizadora, así como animar todos los procesos que ayuden a profundizar la fe de nuestros cristianos.

La Palabra viva, leída en las Escrituras y vivida en la fe de la comunidad, es luz y fuerza, porque

(...) es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: ‘Pues la palabra de Dios es viva y eficaz’, ‘que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados (...)’ (DV 21).

El compromiso de los catequistas en cada comunidad cristiana

Por la catequesis, cada cristiano traduce la Palabra en vida, dando sentido a su existencia:

En el descubrir y vivir la propia vocación y misión, los fieles laicos han de ser formados para vivir aquella unidad con la que está marcado su mismo ser de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la sociedad humana. En su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte la denominada “vida espiritual” con sus valores y exigencias, y por otra denominada “vida secular” (FCL 59).

La Carta pastoral de los obispos costarricenses “Hora de una nueva evangelización” (1992) en los Nos. 34 a 37 ayuda a entender el camino de todo cristiano adulto en la fe y, por consiguiente, también el de todo catequista, tanto en su ser como en su quehacer; proyecto de vida que se construye sobre la coherencia con el mensaje de la Palabra, por la que:

- **sabe, conoce, expresa las verdades de la fe**

- estudia la doctrina, la reflexiona, la profundiza; es capaz de “explicar” a otros su fe;
- discierne críticamente a la luz de la Palabra, cuáles son los verdaderos y los falsos valores que el mundo y la sociedad ofrecen;
- también discierne lo que es primero, lo que es más importante, de aquello que es secundario, según el Evangelio;
- aprende a diferenciar aquello que es probable, de lo que es firme, seguro, respecto a las verdades de fe;
- adquiere la capacidad para lanzar una mirada crítica conforme al Evangelio, sobre sí mismo y sobre su entorno, y la expresa sin amargura, más bien movido por el optimismo;
- valora las diferentes formas de expresar y de manifestar lo que cree.

- **acoge, asume, la Palabra y forja actitudes de fe**

- vive positivamente su actitud de escucha y adhesión a Dios;
- reconoce sus propias limitaciones y defectos, confiando siempre en la gracia de Dios que le ayuda a superarse;
- opta por aquellos valores que le hacen más persona y más semejante a Jesucristo;
- es capaz de orar, de sufrir, de reparar los males;
- es capaz también de aceptar cristianamente las situaciones irremediables;

- se mantiene en actitud de atenta lectura de los signos de los tiempos, para hacerse capaz de protagonizar los cambios que la sociedad actual exige, a la luz del Evangelio;
- **vive en coherencia con la fe que profesa y que celebra**
 - vive y ofrece a los demás un constante testimonio de conversión;
 - actúa conforme a sus convicciones cristianas;
 - sus actos no traicionan su conciencia;
 - sabe convivir con sus hermanos y respetarlos;
 - mide sus capacidades reales, y las entrega a la causa del bien con generosidad y sencillez;
 - supera el egoísmo y sacude la tendencia a limitarse a lo fácil y a lo inmediato; tiende continuamente hacia respuestas positivas a Dios y a los hermanos;
 - se ubica, como persona y como cristiano, en la sociedad; procura realizarse en ella vocacional y profesionalmente, inserto y comprometido con la Iglesia, en su familia, en su comunidad y en su parroquia;
 - proyecta su influjo y su testimonio en todos aquellos que le rodean, creyentes o no, para constituirse en “fermento en la masa” (Lc 13,21);
 - dialoga aun con aquellos que no piensan igual, pero manteniendo intactos sus principios cristianos;
 - demuestra su identificación con Cristo, comprometiéndose activa y efectivamente en la comprensión y ayuda espiritual y material a los demás, particularmente a los más necesitados, aun a costa de renunciaciones y sacrificios personales;
 - denuncia con el gesto, con la palabra y con los hechos, todo aquello que se opone al designio de Dios.

La Palabra se hace vida en la persona del catequista, quien la proclama a los demás particularmente a través del testimonio personal. Así lo expresó el Papa Benedicto XVI a los obispos costarricenses con ocasión de la reciente visita *Ad limina* (febrero 2008):

Sobre los catequistas y animadores de las comunidades, en particular, conviene recordar la exigencia de que acompañen la transmisión de la recta doctrina con el testimonio personal, con el firme compromiso de vivir según los mandatos del Señor y con la experiencia viva de ser miembros fieles y activos de la Iglesia. En efecto, este ejemplo de vida es necesario para que su instrucción no se quede en una mera transmisión de conocimientos teóricos sobre los misterios de Dios, sino que conduzca a adoptar un modo de vida cristiano. Esto era decisivo ya en la Iglesia antigua, cuando se examinaba al final si los catecúmenos, «han vivido correctamente su catecumenado, si han honrado a las viudas, si han visitado a los enfermos, si han hecho obras buenas» (Traditio Apostolica, 20).